

»permanece.... En muchas é diversas maneras é diver-
 »sas veces yo he recebido de vos muchos é agradables
 »placeres é buenas obras, é por poner sello á la buena
 »voluntad é amor que siempre me ovistes, ha plaido á
 »Nuestro Señor que vos fallásedes aquí al tiempo de
 »mi passamiento; é allende de lo que yo me trabajaba
 »por me esforzar é rescebir la muerte syn turbación é
 »con tranquilidad é reposo, hame provocado á lo asy
 »faser el dulce é suave é científico rasonar vuestro.
 »E ya veo en mi señales que la vida se acaba: enco-
 »miendo mi alma á Dios que la crió é redimió, é fago
 »fin de mi vida derramando lágrimas de mis ojos, é
 »gimiendo demando á Dios misericordia é piedad, é
 »con el rey David digo: «Confieso mi injusticia é pecca-
 »do á ti Dios mio, é tú perdonarás la impiedad é mal-
 »dad mía.» E suplicote que pongas la tu passion entre
 »mí y el juicio tuyo é expirando digo: *Domine Jesus,*
 »*suscipe spiritum meum in manibus tuis..... Domine, tibi*
 »*commendo spiritum meum.*»

Fué enterrado D. Iñigo, conforme á su postrimera voluntad, en el monasterio de San Francisco de Guadalajara, cerca de la sepultura de su padre el Almirante y de su mujer Doña Catalina de Figueroa.

Tal fué este varón insigne, que no necesita panegíricos incondicionados para que se vea cuánto excedió aun moralmente el nivel ordinario de los hombres de su siglo. No hemos disimulado ninguna de las sombras de su vida. ¡Dichoso quien entonces no las tuvo mayores! En el Marqués de Santillana, como en el Canciller Ayala, como en D. Juan Manuel, como en otros próceres moralistas de los tiempos medios, no siempre hubo perfecta armonía y consecuencia entre lo rígido y austero de la doctrina ética y su aplicación á la vida pública. Pero siempre se les ha de agradecer el haber mantenido, aunque fuese de una manera doctrinal y especulativa, un ideal de justicia en medio de las prevaricaciones de aquella edad de hierro. Y aun puede decirse que la frecuente contemplación de

este ideal ético, derivado en parte de la filosofía de la antigüedad, y en parte mayor de las enseñanzas cristianas, amansó la nativa fiereza de sus ánimos, y no sólo los hizo cultos, sino magnánimos y generosos, ajenos casi siempre á las torpes violencias á que el desenfreno de las luchas civiles, en tiempos en que todo se fiaba al esfuerzo del propio brazo, precipitaba aun á hombres de tan relevantes y superiores condiciones como D. Alvaro de Luna. Nada semejante al asesinato de Alonso Pérez de Vivero puede encontrarse en la honrada biografía del Marqués de Santillana; y aun en su misma encarnizada y perseverante lucha contra el poderío del Maestre, si es cierto que pecó algunas veces de disimulación y cautela, así como de ensañamiento póstumo, no hubo á lo menos sombra de alevosía ni de perfidia; y quizá no eran enteramente retóricos los pretextos de celo por el bien público con que así él como los demás adversarios del Condestable procuraban dar color de honestidad política á sus incesantes ligas y conjuras, que ahora llamaríamos *pronunciamientos*.

La simpatía personal que durante toda su vida había acompañado al Marqués de Santillana, no hizo más que acrecentarse despues de su muerte, conforme iban borrándose ú olvidándose los defectos y las flaquezas inherentes á la condición humana. Su gloria literaria lo cubrió todo, y le circundó de una aureola luminosa. Puede decirse que hubo una literatura entera consagrada á enaltecer su memoria. Ya en vida le había decretado los honores de la apoteosis Juan de Mena en su *Coronación*; despues lo hicieron Diego de Burgos en el *Triunfo del Marqués*, y Gómez Manrique en sus *Coplas á la muerte del Marqués de Santillana*. Era el *Triunfo del Marqués* un poema alegórico, notoriamente imitado de la *Comedieta de Ponza*, así en el metro como en la substancia, y fundado en un sueño ó visión que el secretario del Marqués declaraba bajo juramento haber tenido realmente: «Estando yo en Burgos al tiem-

po de su passamiento, una noche antes ó después, ó por ventura á la mesma daquel día en que el señor de bienaventurada memoria tuvo el primer sentimiento de la enfermedad suya, á mí parecía en sueños ver á vuestra merced (el segundo Marqués de Santillana D. Diego) cubierto de paños de luto fasta los pies, en la cabeza un grand capirote de la misma manera, firmando vuestra mano en unas actas é el prehemimente é ynsine título suyo, del qual oy vuestra manífica persona es decorada é noblescida, la qual visión claramente daba á entender á quien á los sueños alguna fée diera, su gloriosa partida» (1). Todos los grandes hombres de la antigüedad, poetas, historiadores, filósofos y guerreros se levantan de la tumba para ensalzar al Marqués, cerrando esta procesión de sombras algunos castellanos, tales como D. Enrique de Villena, D. Alonso de Cartagena, el Tostado, Juan de Mena, el mártir de Aljubarrota Pero González de Mendoza, y aquel Garcilaso de la Vega cuya heroica muerte batallando contra infieles cantó Gómez Manrique con robustísimos acentos.

Este mismo feliz ingenio, más obligado que otro alguno á la memoria del Marqués, á quien debía su educación literaria, lamentó en prosa y en metro «la irreparable pérdida que este nuestro regno facía, que bien se puede decir que perdió en él otro Fabio para sus consejos, otro César para sus conquistas, otro Camilo para sus defensas, otro Livio para sus memorias. »Este seyendo el primero de semblante prosapia é grandeza de estado que en nuestros tiempos congregó la ciencia con la caballería é la loriga con la toga; que yo que recuerdo aver pocos, é aun verdad hablando, »ninguno de los tales (2) que á las letras se diese; é

(1) Publicado este poema en el *Cancionero general* de 1511, pero sin el prólogo que está en uno de los Cancioneros manuscritos de Palacio.

(2) En esto no está en lo justo Gómez Manrique, arrastrado

»non solamente digo que las non procuraban más que »las aborrescian, reprehendiendo á algund caballero si »se daba al estudio, como si el oficio militar sólo en saber bien encontrar con la lanza é ferir con la espada »consistiese. La qual errada opinión este varón magnífico arrancó de nuestra patria, reprobándola por theórica, é faciéndola incierta por plática; en la paz prosas »é metros de mayor alegranza escribiendo que ninguno »de los passados; en las guerras mostrándose un Marco »Marcelo en el ordenar, é un Castino en el acometer, »seyendo á sus caballeros, como Mario por sí decía, »consejero en los fechos é compañero en los peligros. »Este de los enemigos visibles non se vencía, ni de los »invisibles se sojuzgaba. Finalmente, este fué tanto »en perfección bueno é provechoso para esta región, »que bien sin dubda ella puede decir, é con Geremias, »que es quedada sin él como viuda la señora de gentes. Pues tras este grandísimo é general dapno, el »particular é muy intolerable mio senti: que yo perdí »en él otro padre, de quien verdadero me reputaba fijo, »segund las honrras é acatamientos, é bien puedo decir mercedes que de su merced rescibía: perdí señor »é pariente de quien me cuidaba ser más que de ninguno de los restantes amado... Ca en presencia me alegraba é acataba más é mucho más que á la pobreza »de la virtud é estade mio requería: pues en ausencia »pregonero era de algund bien, si en mí había, publicándolo con grande instancia, acrecentándolo con non »fingidas violencias, é actorisándolo con su grandísima abtoridad... El en el componer en metro me apregonó, non en verdad en lo tal seyendo yo digno, como »dixo San Juan, de desatar las correas de su zapato: que todos los materiales que la merced suya por familiares tenía, es á saber, viva é pronta discreción,

sin duda por el furor apologético. Precisamente en nuestra historia literaria de los siglos XIV y XV sobran ejemplos de lo contrario.

»gracia gratis dada, profunda sciencia, grandeza de
 »estado que lo bueno face mejor, eran é son agenos de
 »mi, más como quiera... yo me esforcé algunos metros
 »componer, los quales por aquel noble señor mio tanto
 »fueron aprobados que del todo tiró á mi el velo de
 »la vergüenza...»

Fué el Marqués de Santillana personaje obligado en los diálogos filosóficos del siglo xv. El Dr. Pedro Diaz de Toledo puso en su boca altas moralidades sobre la inmortalidad y la vida futura: Juan de Lucena (traduciendo libremente á Bartolomé Fazzio) le hizo disertar sobre el sumo bien y la *vita beata*. Sus máximas y sentencias fueron glosadas como las de un moralista clásico: los *Proverbios*, especialmente, que por su índole aforística lograron más popularidad que ningún otro libro del Marqués, lo fueron en prosa por el Dr. Pedro Diaz de Toledo (más adelante obispo de Málaga), y en versos nada desapacibles, del mismo metro que los del original, por Luis de Aranda, poeta del siglo xvi (1). Aun en pleno Renacimiento fué respetado el nombre del Marqués de Santillana en las escuelas más clásicas: recuérdese la veneración con que le nombran siempre Herrera y Argote de Molina. Sus preceptos de sabiduría práctica nunca perdieron estimación, y todavía en pleno siglo xvii los recuerda á cada momento el P. Nieremberg en el libro que llamó *Obras y Días: manual de señores y príncipes*. Finalmente, el Marqués de Santillana es popular hoy mismo en aquel grado y medida en que puede serlo un autor de la Edad Media: es cierto que sólo los doctos leen sus obras completas, pero aun el vulgo literario sabe de memoria *La vaquera de la Finojosa* y tiene noticia de la *Querella de amor*.

(1) Esta glosa se imprimió en Granada en 1575. Con el título de *Avisos sentenciosos sobre el modo de conducirse en el trato civil de la gente*, fué reimpresa en 1781 en el tomo V del *Caxon de Sastre* de Nipho. Hay alguna otra edición del siglo pasado.

Son pocos, aunque interesantes, los opúsculos en prosa del Marqués de Santillana. Entre ellos sobresale la famosa carta sobre los orígenes de la poesía, de la cual ya hemos razonado bastante. Pero tampoco deben caer en olvido la dirigida á su hijo el protonotario D. Pedro sobre la utilidad de las traducciones, ni las glosas que puso á sus mismos *Proverbios*, ni la consulta dirigida al obispo D. Alonso de Cartagena sobre el oficio de la caballería, ni menos el curioso ensayo de elocuencia declamatoria *Lamentación en profecía de la segunda destrucción de España*, que parece un reflejo de aquel famoso trozo de la *Crónica general* conocido con el nombre de *Llanto de España*. Nadie diría que el noble prócer que de tan peregrina manera se empeñaba en latinizar su estilo en estas páginas enfáticas, fuera el mismo que recopiló los *refranes que dicen las viejas tras el fuego*. Esta colección *paremiológica* (repetidas veces impresa después de 1508) es probablemente la más antigua que posee ninguna lengua vulgar; y por raro caso quien juntó estas venerables reliquias de la tradición popular fué un hombre que hacía alarde de menospreciar los cantos del pueblo «de que la gente baja é de servil condición se alegra». De tales contradicciones está plagada la naturaleza humana, y es raro aun entre los más dominados por el prestigio de la erudición el que tarde ó temprano no vuelve los ojos con amor á las memorias de su infancia.

Tenemos la buena suerte de poseer íntegro, ó poco menos, el muy copioso repertorio poético del Marqués de Santillana. La importancia social del personaje hizo que se multiplicasen las copias de sus versos y que se solicitasen ávidamente los ejemplares de su *Cancionero*, como sabemos que lo hicieron el Condestable de Portugal y Gómez Manrique. Alguno de los códices que han llegado á nuestros días hasta con la firma del poeta está autorizado. De los principales se valió Amador de los Ríos para su edición, ciertamente

muy limpia y correcta y digna de exceptuarse de la general censura que los eruditos extranjeros suelen formular sobre el notorio desaliño y precipitación con que aquí hemos solido imprimir los textos de nuestra Edad Media.

En cinco grupos clasificó Amador las poesías del Marqués de Santillana: *obras doctrinales é históricas, sonetos fechos al itálico modo, obras devotas, obras de recreación y obras de amores*. No hay inconveniente en aceptar los términos de esta clasificación; pero en obsequio al orden cronológico debe empezarse la lectura de las obras del Marqués por las poesías amorosas, que generalmente son las más antiguas, con excepción de alguna que otra, más bien galante que amorosa, que pertenece sin duda á edad más avanzada.

Los títulos más valederos de Santillana á la gloria poética están en esta sección de sus obras. En la poesía ligera nadie le niega la primacía sobre todos los ingenios de su siglo, y aun no la pierde en cotejo con lo más delicado y gracioso que puede encontrarse en las escuelas trovadorescas de otras partes. «Es autor (dice Puymaigre) de canciones más graciosas que las de Teobaldo de Champagne, de pastorelas más lindas que las de Giraldo Riquier.» «Dulce melancolía, profunda verdad poética (dice Clarus) hallo en el poema que lleva el título de *Querella de amor*, en que se aparece en sueños al poeta el enamorado Macías, traspasado por cruda saeta, quejándose de la pérdida de su amada.» Tiene razón el docto alemán: hay en esta deliciosa composición un misterio, una vaguedad lírica, un género de sentimiento que pudiéramos decir musical é indefinido, rarísimo en la poesía de la Edad Media, y de que sólo en los cancioneros gallegos pueden encontrarse anteriores ejemplos. Por el contrario, *el Planto que fizo Pantasilea, reina de las Amazonas*, poema evidentemente inspirado en la *Crónica Troyana*, rebosa de arrogancia y brío, y en las quejas que arranca á la enamorada reina la muerte de Héctor hay arran-

ques de pasión tan elocuentes y hermosos, que cualquier gran poeta dramático pudiera honrarse con ellos. En cuanto á las *serranillas*, toda alabanza parece agotada. Es cierto que carecen de la ingenuidad primitiva de los *cantos de ledino* y de las *canciones de amigo*; pero quizá no vale menos la blanda ironía con que el Marqués renueva un tema que había entrado en la categoría de los lugares comunes, como el del encuentro del caballero y la pastora. Y esto sin caer en los excesos de feo realismo en que á veces se complace el Archipreste de Hita, sino conteniéndose en los límites de una regocijada malicia que se satisface con hacer asomar la sonrisa á los labios. Y obsérvese cómo, siendo el tema siempre el mismo, el Marqués acierta á diversificarle en cada uno de estos cuadritos, gracias á la habilidad con que varía el paisaje y reúne aquellas circunstancias topográficas é indumentarias que dan color de realidad á lo que, sin duda, en la mayor parte de los casos es mera ficción poética. La gracia de la expresión, el pulcro y gentil donaire del metro, prendas comunes á todas las composiciones cortas del Marqués de Santillana, llegan á la perfección en estas *serranillas*, de las cuales unas parece que exhalan el aroma de tomillo de los campos de la Alcarria, mientras otras, más agrestes y montaraces, olean nuestra frente con la brisa sutil del Moncayo ó nos transportan á las tajadas hoces lebaniegas. El paisaje no está descrito, pero está líricamente sentido, cosa más difícil y rara todavía. Ninguno entre los excelentes poetas que cultivaron este género en el siglo xv, ni el atildado Bocanegra, ni Carvajal, que transportó el género á Italia, pudieron aventajar al Marqués de Santillana, y la mayor alabanza que de ellos puede hacerse es que siguieron dignamente sus huellas. Clarus declara intraducibles á cualquier lengua estas composiciones, pero Puymaigre ha salido muy airosamente de la empresa de poner en verso francés *La Vaquera de la Finojosa*.

La misma frescura, el mismo primor y gentileza que en las *serranillas*, hay en algunas *canciones, decires* y otras poesías breves del Marqués de Santillana, especialmente en el villancico á sus hijas, donde se intercalan hábilmente varios cantarillos populares:

La niña que amores ha,
Sola ¿cómo dormirá?
.....
Sospirando yva la niña,
Et non por mí,
Que yo bien se lo entendí...

Algunos de estos juguetes deben toda su gracia á la infantil sencillez de la expresión, á su misma carencia de arte, verbi gracia, los que empiezan:

Si tú /deseas á mí
Yo non lo sé;
Pero yo deseo a ti
En buena fe...

De vos bien servir
En toda sazón,
El mi corazón
Non se sá partir...

Quien de vos mercet espera,
Señora, nin bien atiende,
¡Ay qué poco se le entiende!...

Recuérdate de mi vida
Pues que viste
Mi partir é despedida
Ser tan triste.
Recuérdate que padesco
E padescí
Las penas que non meresco
Desqué vi
La respuesta non debida
Que me diste,
Por lo cual mi despedida
Fué tan triste...

Hay una canción en gallego, y es sin duda de las

últimas que en tal lengua fueron compuestas por trovador castellano:

Por amar non sabyamente,
Mays como louco sirvente,
Hey servido á quen non sente
Meu cuidado...

Entre los *decires*, que se distinguen de las *canciones* por no tener estribillo ni tema inicial, merece la palma el siguiente, en que se pinta con mucha gracia de expresión un encuentro, una aparición fugitiva, de muy diverso género que las de las *serranillas*:

Yo mirando una ribera
Vi venir por un gran llano
Un ome que cortesano
Parecía en su manera:
Vestía ropa extranjera,
Fecha al modo de Bravante,
Bordada, bien rozagante,
Pasante de la estribera.

Traía al su diestro lado
Una muy hermosa dama,
De las que toca la fama
En superlativo grado:
Un capirote charpado,
A manera bien extraña,
A fuer del alta Alimaña
Donosamente ligado.

De gentil seda amarilla
Eran aquestas dos hopas,
Tales que nunca vi ropas
Tan lindas á maravilla:
El guarnimiento é la silla
D' aquesta linda señora,
Ciertas después nin agora
Non lo vi tal en Castilla.

Por música é maestría
Cantaba esta canción,
Que fizo á mi corazón
Perder el pavor que avía:
«¡Bien debo loar Amor,
Pues todavía
Quiso tornar mi tristor
En alegría!»

Aunque *obras de amores* se llamen estas, claro es que nadie ha de buscar en ellas la expresión directa y sincera del sentimiento amoroso. Son versos cortesanos, versos de sociedad, y las mismas graciosas hiperboles á que el autor recurre para encarecer el vivo fuego de amor que le consume, prueban la tranquilidad de su alma, y que escribe por divertirse y por divertir á sus amigas:

Vos sois la que yo elegí
Por soberana mestressa,
Más hermosa que deesa,
Señora de quantas vi.
Vos soys la por quien perdí
Todo mi franco albedrío,
Doncella de honesto brío,
De cuyo amor me vencí.

.....
Gentil dama, tal parece
La cibdat do vos partistes,
Como las compañías tristes
Do el buen capital falleisce.
De toda beldat caresce,
Ca vuestra philosomía
El centro esclarescería
Do la lumbré se aborresce...
Pareisce como las flores
En el tiempo del estío,
A quian falleisce rocío
E fatigan las calores.

.....
Como selva guerreada
Del afiato del Sionio
Sobre quien pasa el otonio
E su robadora helada,
Finca sola é despoblada,
Tal fincó vuestra cibdat
E con tanta soledat
Qual sin Héctor su mesnada.

.....
Aurora de gentil Mayo,
Puerto de la mi salut,
Perfección de la virtud,
E del sol candor é rayo;
Pues que matar me queredes
E tanto lo deseades,

Bástevos ya que podades
Si por venganza lo avedes.
¿Quién vió tal ferocidad
En angélica figura,
Nin en tanta fermosura
Indómita crueldat?...
¡Los contrarios se ayuntaron,
Cuytado, por mal de mí!
Tiempo, ¿dónde te perdí
Que ansy me gualardonaron?
.....
¡Oh si fuesen oradores
Mis sospiros é fablasen,
Porque vos notificasen
Los infinitos dolores
Que mi triste corazón
Padesce por vos amar,
Mi folgura, mi pesar,
Mi cobro é mi perdición!
Qual del cisne es ya mi canto
E mi carta la de Dido:
Corazón desfavorido,
Cabsa de mi grand quebranto,
Pues ya de la triste vida
Non avedes compassión,
Honorat la deffunción
De mi muerte dolorida...

El prototipo de esta poesía galante, ligeramente amanerada, pero casi siempre graciosa, es *El Aguilando*. El aguinaldo que Santillana pide á su dama en día de Reyes, consiste en que le restituya la libertad que perdió:

Sacátme ya de cadenas,
Señora, é facetme libre:
Que Nuestro Señor vos libre
De las infernales penas.
Estas sean mis estrenas,
Esto sólo vos demando,
Este sea mi aguinaldo;
¡Que vos faden fadas buenas!
.....
Por tanto, señora mía,
Usat de piadosas leyes,
Por estos tres Santos Reyes
Y por el su sancto día.

Por bondat é fidalguía,
O por sola humanidat,
Vos plega mi libertat,
O por gentil cortesia...

Con los títulos de *El Sueño*, *El Triunphete de Amor*, *El Infierno de los Enamorados*, compuso el Marqués poemas amorosos más extensos que lograron en su tiempo mucho crédito y fueron imitados por Guevara, Garcí-Sánchez de Badajoz y otros trovadores de la última época. Pero, á decir verdad, la lectura de estos poemas, sin ser de todo punto desapacible, no deja en la memoria ni en el oído tan dulce impresión como la de los villancicos, decires y serranillas. El valor poético está aquí, como en otros muchos casos, en razón inversa de la extensión y del peso, y aun de las graves y eruditas pretensiones del autor. Lo más fugitivo y ligero es lo que ha conseguido volar sobre las alas de los siglos. En sus *visiones y sueños* el Marqués de Santillana abusa de su caudal mitológico é histórico: se hace monótono, retórico y pedante, y cae en todas las frialdades de la alegoría, á la cual de consuno le arrastraban la imitación mal entendida de Dante y de los *Triunfos* del Petrarca, y también la lectura y excesivo aprecio que hacía del *Roman de la Rose* y de las obras de Alain Chartier y otros poetas franceses. Pero á pesar de lo insulso del género, no deja de despuntar y abrirse camino, de vez en cuando, el ingenio vivo y ameno, la fantasía pintoresca del Marqués de Santillana, que colora con muy agradables matices la parte descriptiva de estos poemas:

En este sueño me vía
Un día claro é lumbroso,
En un vergel muy fermoso
Reposar con alegría.
El qual jardín me cubría
Con sombras de olientes flores,
Do cendraban rui señores
Su perfetta melodia.

.....

Non mucho se dilató
Esta próspera folgura,
Ca la mi triste ventura
Enproviso la trocó;
E la claridat mudó
En nublosa escuridat,
E la tal felicidat,
Como la sombra, passó.
.....
E los árboles sombreros
Del vergel ya recontados,
Del todo fueron mudados
En troncos fieros, ñudosos.
Los cantos melodiosos
En clamores redundaron,
E las aves se tornaron
En áspides ponzoñosos...

La imitación de Dante es deliberada y visible en todas estas composiciones. En el *Sueño*, el poeta perdido por oscura selva encuentra y toma por guía al adivino Tiresias:

¿Quién ó cual expresaría
Quáles fueron mis jornadas
Por selvas inusitadas
E tierras que non sabia?...
Pero en el octavo día,
Caminando por un monte,
Quando el padre de Phetonte
Sus claros recluía,
Un ome de buen semblante,
Del qual su barba é cabello
Eran manifesto sello
En edat ser declinante,
.....
Por aquel monte venía,
Honestamente arreado,
Non de perlas nin brocado,
Nin de neta orphebrería;
Mas hopa larga vestía
A manera de sciente,
E la su fabla prudente
Al hábito conseguía...

Tiresias, después de haber interpretado el sueño

del poeta, le envía á buscar á la casta Diana, única *deesa* que puede *reversar*, *apagar* y *resfriar* los dardos del Amor. La descripción de los jardines en que sesteaba la Diosa con su séquito de ninfas cazadoras, es lo más vivo y ameno del poema:

Vi hermosa montería
De vírgines que cazaban:
A los Alpes atronaban
Con la su grand vocería...

.....
De cándidas vestiduras
Eran todas arreadas,
En arminios afórradas
Con fermosas bordaduras.
Charpas é ricas cinturas,
Sotiles é bien obradas;
De gruesas perlas ornadas
Las ruvias cabelladuras.

E vi más: que navegaban
Otras doncellas en barcos
Por la ribera, é con arcos
Maestramente lanzavan
A las bestias, que forzavan
Las paradas, é fluían
Allí donde se entendían
Guarescer, mas acavaban.
¿Quién los diversos linajes
De canes bien enseñados,
Quién los montes elevados,
Quién los fermosos boscajes,
Quién los vestiglos salvajes
Que allí vi recontaría?
Ca Homero se fartaría
Si sopiera mil lenguajes.

.....
La ninpha, non se tardando,
Me llevó por la floresta,
Do era la muy honesta
Virgen, su monte ordenando:
E desque más fui andando,
Recordéme de Acteón;
E de semblante ocasión
Con temor yva dudando.
Pero desque fuy entrando
Por unas calles fermosas,
Las quales murtas é rosas

Cubren odoryferando,
Poco á poco separando
Se fué la temor de mí,
Mayormente desque vi
Lo que vó metrificando.
E fuémonos acercando
Donde la deesa estaba,
Do mi viso vacilaba
En su fulgor acatando.

.....
Pero después la pureza
De la su fulgente cara
Se me demostró tan clara
Como fuente de belleza.
Por cierto naturaleza,
Si divinidad cessara,
Tal obra non acabara,
Nin de tan grand sotileza.

La escena, como se ve, no puede estar preparada con más gracia; pero infelizmente se estropea todo con el razonamiento de la diosa, que es un solemne ejemplar de pedantería, en que despues de citar á Dares Frigio y á Guido de Columna con todo el Catálogo de los héroes de su *Crónica Troyana* (libro favorito del Marqués), se pinta como mucho más reñida y sangrienta batalla la que sostienen personajes tales como *Perfetta Fermosura*, *Cordura*, *Destreza*, *Pereza*, *Entendimiento*, *Nobleza*, *Buen-Donayre* y *Juventut*. Pero aun en esto mismo, ¡qué versificación tan nutrida y animada á veces!

Ya sonaban los clarones
E las trompetas bastardas,
Charamías é bombardas
Facían distintos sonos:
Las baladas é canciones
E rondeles que facían,
Apenas los entendían
Los turbados corazones...

En el *Triumphete de Amor* predomina la imitación del Petrarca, ¡ya anunciada en el título mismo y en los primeros versos:

Vi lo que persona humana
Tengo que jamás non vió,